

mitra; tenía la práctica experiencia de la vida que los años nos suministran; era un anciano y un anciano no vulgar.

—¿No cree usted que estoy en la razón?—
inquirió al terminar.

—Con la venia de su Ilustrísima, diré yo á mi vez.... Y principió fray Paulino la defensa de su obra en los puntos, que sin haberlos leído todavía el arzobispo, había atacado en su improvisación; puntos que en ese instante fray Paulino sentíalos débiles, deleznales y por deleznales y débiles, queríalos más y más se empeñaba en su defensa,—como una madre que al cerciorarse de que su hijo es feo de cuerpo ó feo de ánima, redobla sus ternuras para con él y más lo ama, por cuenta propia y por cuenta de los muchos que han de dejar de amarle, cuando lo conozcan y lo traten. Crecíase fray Paulino; tuvo raptos de verdadera elocuencia, pinceladas de artista, caricias de genitor. Las proyecciones de su libro él las adelantaba, las predecía con extraño aplomo de profeta, con análoga gravedad á la que emplean los que leen el

porvenir en las rayas de las manos. Sí, su libro curaría; curaría á las almas enfermas, que son las más; su libro era un libro bueno, porque convencía de que el Alto Perdón es inextinguible y es incansable; porque devolvía la esperanza garantizando el "más allá" de que se burlan la ciencia y sus apóstoles; porque abriría muchos ojos á la luz y porque exhortaba á muchos tímidos á no avergonzarse de creer sino al contrario, á reconocerlo con gritos de júbilo inmenso, creer! creer! ¿qué mayor bienaventuranza?...

—Mi libro curará el peor de los males, el mal que nadie ha logrado clasificar hasta hoy, complejo, atávico, potente y formidable: el mal del siglo!!.... Este mal del siglo,—dijo después, cual si consigo hablara, en voz muy queda y mirando á un punto determinado del cuarto,—que no es en definitiva más que el mal de los pasados y de los futuros, la falta de ideal, la falta de fe.

La noche avanzaba, y en el silencio que siguió al diagnóstico de fray Paulino, escucháronse distintamente nueve campanadas sonoras en la Catedral vecina.

—Por Dios, señor, las nueve y yo desvelando á su Ilustrísima. ¿Puedo retirarme?...

—Pero con mis bendiciones, hijo mío....

Cayó fray Paulino de rodillas, doblada la cabeza, en humilde actitud de penitente, mientras el arzobispo tendía su diestra sobre esa misma cabeza humillada, y levantando su rostro entrecerró los ojos y pronunció las palabras inspiradas:

—*Benedicamus Dómine*....

Tan emocionado salió fray Paulino que ya no reparó en el sepulcral silencio del caserón, ni en el escaso alumbrado de las tres antecámaras, ni en que ya no hubo clérigo que lo esperase ó acompañara, ni en que la secretaría estaba cerrada ya. Bajó las escaleras, gratamente preocupado con la despedida arzobispal, creyendo con más firmeza que nunca que triunfaría su libro.

De vuelta en su celda y acostado en su catre, acostumbraba fray Paulino repasar en su mente la jornada, lo que le permitía avanzar en su perfeccionamiento, pues siempre resultaban abismos, antes de llegar á la meta, entre lo ejecutado y lo que debía

haber sido hecho. Aquella noche, en el cotidiano examen, por natural asociación de pensamientos, recordó su falta de asistencia al Colegio, y un ligero arrepentimiento hízole ver que no había obrado completamente bien, supuesto que vencido por un exagerado y desconocido amor propio,—amor propio de autor!—entre el cumplimiento del deber y la cosecha de algunas lisonjas, de algunos aplausos, prefirió lo último, y eso era censurable; aunque también, la confesión de las madrecitas resultaba insípida de puro inocente; un desfile monótono de pecados veniales sin importancia, que él sabía de memoria, hasta con distribución: la hermana Fulana, ésto; la hermana Zutana, aquélla; la hermana Noeline.... aquí fray Paulino se despabiló, fuéle el sueño, amedrentóse de sólo mentarla, sin saber porqué; como amedrenta á los neurasténicos una tempestad atmosférica, mucho antes de que estalle, los cielos serenos todavía, ni un relámpago, ni un trueno.... Idéntico desasosiego experimentaba el novel autor de la infalible

ó inédita panacea espiritual, frente á la monja joven, cuya oculta dolencia empezaba á suponer de cuidado. ¿Dolencia?.... ¿y oculta?.... reflexionaba en su celda el jesuíta. Mucho que sí; allí existía una enfermedad que á él, doctor de tres borlas, escapábasele mientras mayores esfuerzos desplegaba para desenmascararla. ¿Te duele aquí? habíale preguntado en más de una ocasión á la enferma, y á pesar de que con su llanto sobradamente respondía ella que sí, que sí le dolía, el clínico no daba con el sitio dañado, ¿en dónde le dolería?..... Y los escrúpulos de ya no servir para confesor, de hallarse cegatón ó claudicante, poníanlo en un potro. Sin embargo, él vanagloriábase de haber visto claro en muchas conciencias nebulosas, de haber desenterrado de memorias rudimentarias y primitivas, añejas faltas que se enmohecían, que se confundían con otras posteriores, ¿por qué esta vez sentíase torpe, al igual de cualquier obrero inteligente que á los tantos años de distinguirse en su oficio, un buen día se le olvida, ya no sabe, y tiene que

arrojar su herramienta, envejecida á la par suya? él no sirve ya, que lo jubilen ó que lo manden al asilo, fuera de ahí, abrir paso á los aprendices.... Mire usted que era ocurrencia esta de sor Noeline, amargándole á fray Paulino hasta los triunfos que por el éxito de su obra, á buena cuenta se anticipaba; obligándolo á dudar de sí mismo y de la eficacia del místico antídoto. ¡Cuántas noches como aquella, la religiosa con sus lloriqueos hízolo vacilar! ¿se habría equivocado en su receta? ¿habrá males morales que sean incurables ó el hombre estará condenado á ser por toda su vida pasto y juguete de esas fieras sueltas que llamamos pasiones?.... Entonces, ¿para qué escribir libros y soñar remedios y gritar victoria?.... Mejor irse á un monte, ser ermitaño, habitar el desierto y dejar que nuestros semejantes, por incurables y desahuciados, se las compongan como puedan!.... Pero, huír es cobarde, y rehusar el combate, en un sacerdote es criminal.... ¿qué hacer?.... Y mientras más se abstraía considerando el hondo con-

fictio, asaltáronlo de improviso futilidades inesperadas: ¿le devolverían un breviario que había prestado?... ¿cómo se llamaba aquel indio que en un viaje por la sierra, le curó con yerbas una picadura de araña? ¿cómo se llamaba, Dios mío?....

Bastante destroncado con las opuestas impresiones de la víspera, con la batalla de la noche, en particular, levantóse fray Paulino al día siguiente; por lo que con un par de horas de adelanto, emprendió su caminata á pie hasta el Colegio. Sorprendióse de que al cruzar los dinteles de la casa, no le anunciaran que sor Noeline estaba muy enferma, encamada quizá, ansiosa de verlo y de hablarle; mas como nada le dijeron, siguió avanzando, saludó á sus amiguitas las niñas, bromeó con ellas, y al fin se introdujo en la capilla, y en el confesonario luego que hubo implorado con más fervor que de costumbre, la ayuda del Divino Verbo para desempeñar dignamente su cometido. Los dos confesonarios, que se hallan á los pies de la capilla, en una especie de tránsito, son cerrados de manera que el

confesor no mire á los penitentes sino al través de los arabescos taladrados en los ventanillos. Las religiosas, para confesarse, entran indistintamente por el jardín del centro; por el grande, cruzando la capilla; ó por la sala "Mater Admirabilis." Por lo común, en tanto que una monja confiesa, las demás diseminanse por el templo, á rezar las oraciones previas al acto las que aún no lo llevan á cabo, ó las que ya confesaron á rezar las que le siguen. Tal práctica permite que la que se encuentra arrodillada en el sagrado tribunal, aunque á la vista de la comunidad entera, no sienta á nadie cerca de sí, á nadie sino al director y juez, invisible dentro del mueble.

Cada vez que fray Paulino despachaba á una monja, entrábale comezón de que la próxima fuese sor Noeline, á quien además de haberle cobrado acendrado afecto, necesitaba registrarle la conciencia y cerciorarse de que también con ella triunfaba; de que su ojo experto y su seguro específico habíanla sanado. Las demás monjas no lo interesaron; desgranaban de su rosario de

faltas, casi automáticamente, las mismas cada ocho días, con la misma entonación velada, con los mismos propósitos de no reincidir; unas conciencias grises, aplanadas, sin sacudidas. Acabó su confesión una de ellas, absolvióla fray Paulino, automáticamente también, y al tocar en el ventanillo para que la ocupante se preparara, escuchó que crugía la madera con la presión de un cuerpo que de golpe se arrodillaba en la grada y que una voz murmuró:

—Padre, me muero!.....

Fray Paulino carraspeó, tiróse de una manga y se compuso la sotana cual pugilista que se apercibe á pisar la arena. Eso quería él, eso; un caso complicado, un duelo de verdad con el espíritu del mal, disputarle una víctima que como sor Noeline, á todo fuera acreedora menos á perderse. Disponíase á formular las preguntas reglamentarias y preparatorias á una buena confesión, cuando, sin aviso de ninguna especie, estalló el volcán junto á sus oídos:

—Padre, me muero!—continuó la voz que en sollozos se anegaba, pero en unos sollozos

tan fuertes, que hacían temblar al confesonario y al confesor,—me muero, porque sin saber cómo, anoche, en el dormitorio, me he entregado á un hombre!.....

Apenas si fué formidable el crugido que dió el confesonario, sobre que fray Paulino, más aterrorizado, oh, mucho más! que si una víbora lo amenazara dentro de su encierro, levantóse bruscamente, tanto, que por un tris no despedaza la puerta. Ó sor Noeline estaba loca, loca de remate, ó él sordo perdido, oyendo enormidades que nadie en el Colegio pensaba siquiera. Los sollozos seguían, á mínima distancia, ahogando la voz de la penitente.

—Es usted sor Noeline?—preguntó dudando todavía.

—Sí, *M. l'abbé*, yo soy.... yo soy sor Noeline.

—Entonces, háme parecido oír mal; usted no es, no puede ser la que acaba de decirme una monstruosidad tal, que ni á repetirla me atrevo.... Tal vez usted está enferma, seguramente con fiebre, y sería más cuerdo que se retirara usted, que confiese dentro

de una semana, mañana mismo; pero hija, por caridad, que la vea á usted un médico....

—No, padre, no, es inútil, y si usted no puede salvarme, estoy perdida....

—Vamos, vamos, entonces más juicio y más calma, que todo ello será una bagatela.... —y á pesar del fresco de la tarde, fray Paulino enjugábase el sudor, sentía que la lengua se le pegaba al paladar.—Serénese usted un instante, procure elevarse, rece usted conmigo el “Yo Pecador” y en seguida veremos.... “Yo pecador....”

—“Yo pecador....” coreaba por fuera sor Noeline, con esfuerzo, con esfuerzo grandísimo, hasta que los murmullos de la plegaria doble, al concluirse, perdiéronse blandamente por los ámbitos de la estancia y por los artesonados de la capilla, en donde sin duda se posarían. Luego, sobrevino un silencio que ni el juez ni la reo osaban romper.

—Conque, vamos á ver, hija mía, diga usted sus pecados ... —Y cerró los ojos fray Paulino, muy apretados, como cuando delante de nosotros va á producirse una

gran detonación que no podemos impedir.

Pegó los labios sor Noeline á los agujeritos del ventanillo y con ansia de arrojar de sí las impurezas que le bullían en su interior, principió su confesión en el punto en que, tres tardes atrás, al charlar con la Nona,—una gente de aquí, del Colegio, dijo ella—había descubierto con estupor la causa de sus lágrimas.

—Un hombre, padre, un hombre que tengo dentro de mí, sin saber cómo ni cuándo se ha metido, sin poder sacármelo por más que hago ... Siéntolo tan entero, tan completo, que si no temiera ofender más á Dios, me abriría el busto, aquí, arriba,—y debió tocarse sor Noeline donde indicaba, porque fray Paulino percibió roce de ropas,—pues estoy segura de que con sólo abrir-melo, á él podrían sacarlo, ó él se iría, supuesto que yo ni lo llamé ni le ofrecí mi pecho por morada..... En cuanto lo descubrí, padre, no he cesado de orar, de implorar que se vaya, que se borre, que me deje tranquila y pura como hasta ahora me he mantenido.... Pero, antenoche.....

qué noche, padre, qué noche horrenda ...!

Y mientras sor Noeline narraba, asustada aún, aquellas horas que pasó en el dormitorio, á solas primero y después con las alumnas dormidas en sus camas, entre preces y delirios sin encontrar consuelo, fray Paulino que la escuchaba atentísimo, reconocía al enemigo, al eterno enemigo, esta carne sucia y voluptuosa, la perpétua rebelde, la dominadora de la criatura; la que él, por maravilloso dón y excepcional temperamento había dominado siempre. Ganábale la náusea que la carne le originaba con sus palpitations de animal inmundo, pero á la vez le ganaba un deseo de coadyuvar con todas sus fuerzas á que sor Noeline no se manchara; ya que la bestia, cual el vampiro de la leyenda, cerníase sobre esa pureza y esa juventud y llegaba á tocarla con las uñas de sus alas para desgarrarle su pudor y luego dormirla y aniquilarla luego, que allí se detuviera, que no fuera á mayores, que una vez en la vida se lograra la liberación de un ángel! ¿Cómo lograrlo, santo Dios, cómo lograrlo?....

¿con la oración nada más...? ¿con el ayuno y la penitencia que nos apagan los torcidos apetitos?..... ¿con todo junto?..... Sor Noeline terminaba la narración de su noche, iba ya en el amanecer del día anterior, cuando las alumnas la sorprendieron rezando en medio del cuarto, resuelta á combatir, á morir antes que pecar.

—Así, hija mía, así se hace y así se triunfa! —exclamó fray Paulino que ya no era juez en aquel momento, sino un apesarado que anhelaba que ahí parara la catástrofe moral; que ya no veía en sor Noeline á una monja en peligro sino á una infeliz cualquiera, que no resiste más, que al perecer se queja y pide socorro.

—Ay, padre!—suspiró la religiosa—pero si supiera usted lo de anoche! ... ni yo misma lo sé, yo misma no sé lo que me ha pasado. Con infinita esperanza contaba yo con verlo á usted ayer, confiarle lo que me había sucedido y que usted me aliviara, como me alivia siempre que me confiesa... Cuando nos avisó la madre superiora que usted no vendría, yo sentí que algo muy

malo iba á acaecerme, un presentimiento de que la falta de usted redundaría en mi perjuicio.... Sin embargo, me atacó por lo de supersticiosa, me dí ánimos y me propuse no quedarme sola hasta la hora de dormirme, si es que lograba dormir. Entretanto no me separé de las niñas; en el recreo, jugué y salté con ellas.... hasta creo que con ellas reí!.... después, en el refectorio, solicité y obtuve ser yo la lectora de las internas, les leí la vida de santa Teresa, y hubo un rato en que mi antigua quietud y limpidez de pensamientos se apoderaron de mí... el recuerdo del hombre, del intruso, no parecía. Después, llevé la voz en el rosario, en nuestros rezos nocturnos; nos retiramos á los dormitorios, allí recé más todavía, padre, más.... nos acostamos, y como si el sueño quisiera premiarme por lo que había sufrido, me invadió pronto, sentí que me invadía.... Ya dormida.... padre! padre, sálveme usted — prorrumpió sor Noeline cual si la evocación de su sueño la enloqueciera,— ya dormida.... no puedo decirlo, padre, no puedo!

La tensión nerviosa de fray Paulino era insostenible, por lo que de prisa murmuró:

—Hija mía, hija Noeline, á un sacerdote se le dice todo; no se acobarde usted y adelante; no se suponga usted lo que es, mujer y monja y joven, ni mire en mí á un hombre como los demás. Soy el ministro del Altísimo; en este instante, el que por su nombre puede borrar todas las faltas y lavar todas las conciencias, y usted, usted, sólo es una pecadora que se arrepiente y que padece.... Además, ni usted ni yo nos vemos tales cual somos, divídenos este santo madero para que yo escuche únicamente las debilidades de un prójimo mío y él escuche nada más mis consejos y acate mis castigos.. Dígamelo usted, dígamelo usted todo y limpiemos entre los dos ese espíritu que aunque indigno como todos los espíritus, el Señor, cuya misericordia ni á comprender alcanzamos, se digna visitar en las comuniones casi diarias que á ustedes permite, concediéndoles la indispensable gracia.... Valor, hija, valor es preciso.

—Pero si no sé cómo empezar, padre...

—contestó sor Noeline, en quien los pudores femeninos más recónditos y delicados, oponíanse á que obedeciera las órdenes del confesor,— hasta se me figura que con sólo decirlo peco más....

—Es preciso, hermana, es preciso. Para perdonar algo, hay que conocerlo y valorarlo previamente... Emplee usted los términos velados, los eufemismos que le plazcan, pero diga usted su pecado, ¿qué le sucedió á usted ya dormida? ¿acaso ignora que lo que en sueños nos sucede, si en la vigilia lo recordamos y nos inspira repugnancia y no deleite, no por ello hemos pecado?....

Ahí estaba el quid, en que sor Noeline ignoraba lo que despierta había experimentado. ¿Repugnancia?.... ¿Deleite?....

—Pues ya dormida, padre,—exclamó decidiéndose al fin,—perdidas mi voluntad y mis fuerzas y cuanto despierta tengo para defenderme, el hombre aquel se me apareció en un sitio extraño, un sitio de sueño, que no era bosque, ni era mar, ni calle, ni convento, y lo era todo á la vez; estábamos solos, solos completamente, y no tenía yo

miedo; sin embargo, eché á correr, es decir, quise correr, aunque mientras mayores eran mis esfuerzos era menor la carrera, andaba yo apenas, y para avanzar me asía yo de los árboles del bosque, de las olas del mar, de las casas de la calle, de las rejas del convento.... me asía desesperadamente, rompiéndome las manos, bebiéndome las lágrimas, rezando, rezando.... y en lugar de avanzar yo, él era el que avanzaba.... Así permanecimos mucho tiempo.... yo sin poder huír, él cada vez más cerca.... sin hablar, sin importunarme, en persecución muda, tenaz, que me daba escalofríos.... Tan cerca lo sentí, padre, que su aliento, un aliento tibio y potente de hombre agitado, me quemaba la nuca.... y se me metía en las espaldas.... y las espaldas también me las quemaba.... Rendida ya, y comprendiendo que no obstante mis esfuerzos sobre-humanos no conseguiría escapar, cesé de hacer fuerzas, y en el mismo instante, padre, en ese instante....

—¿Que?....—articuló fray Paulino trabajosamente.

—Sentí que el hombre me cogía por el talle, como si fuera yo una chiquilla y él un gigante.... reuní lo que de fuerzas me restaban.... para gritar.... y tampoco gritar pude!.... Sentí luego que mi talle se doblaba, de un golpe, al contacto aquel, como se doblan los tallos de las flores de nuestro jardín, en una sola noche....

—Fué una pesadilla horrible, pecaminosa indudablemente, mas sin trascendencia, por fortuna!—gruño fray Paulino interrumpiéndola.

—Eso sentí,—continuó sor Noeline sin escuchar la interrupción, impelida por rara energía á concluir el relato, con el que conocíase que sufría, que le había quedado muy grabado,—y cerré los ojos... creí que moría, que iba á morir, y me alegré, padre, le juro á usted que me alegré, cuando.... de repente sentí.... la sensación más inexplicable que he sentido en mi vida.... como si mis venas y mi carne y mi sér entero se aniquilaran en un mundo de delicias incomparables.... en las que yo me hundía sin remordimiento, entre los brazos de mi

perseguidor, que me buscaba la boca.... Después ya no sentí nada, padre, cual si mi vida toda se hubiese ido muy lejos.... Luego desperté.... y aunque el dormitorio se hallaba á oscuras.... aunque yo me juzgaba inocente, tan inocente como antes de mi sueño,.... tuve vergüenza.... como si de veras hubiera pecado,.... me avergoncé de que las sombras me miraran.... de mirarme yo misma.... escondí la cara en las almohadas y jadeante, desfallecida, con miedo, me solté á llorar, padre, á llorar mucho.... como lloro ahora porque temo que Dios no me perdone....

Por segunda vez los sollozos de sor Noeline hicieron temblar el confesonario y al confesor, y por algunos segundos, se oyó el sofocado rumor de esos sollozos; en la capilla, un fragmentario balbuceo de las plegarias que elevaban las monjas arrodilladas que ya habían confesado, y de allá, de los interiores del Colegio, mortecinos ecos de juegos y de carcajadas de niñas....

En el recto criterio de fray Paulino, de aquel sacerdote virtuoso y casto que tenía

amortajada su propia carne desde mozo, el hecho bárbaramente fisiológico que había turbado á sor Noeline, aparecía claro, clarísimo, en toda su completa deformidad. Era el delito eterno, el delito milenarío é incurable, la rebelión de la carne, la vieja y constante rebelde; era la sangre joven de la muchacha aquella, que, aprovechándose de su sueño, habíala forzado á paladear los asquerosos goces del pecado original por el que todos sufrimos y sin el cual no existiríamos. Era el amor terrenal y corrompido, sin el que los mortales aseguran no poder sobrellevar la existencia, es decir, era Satanás ansiando perder á una monja, traidoramente, mientras dormía, cuando no sabía valerse ni menos rechazar la demoniaca fornicación, acompañada de sus palpitaciones y sacudimientos tres veces malditos.

—Por supuesto que usted—dijo de pronto fray Paulino con iracundo acento—no sólo se arrepiente sino que abomina de tal sensación, que en ella reconoce una asechanza de nuestro enemigo malo y que procurará

por cuantos medios le queden á su alcance ni volver á sentirla, ni volver á recordarla ¿verdad?.....

Sor Noeline callaba, contenidos sus sollozos, pesando la respuesta que le exigían.

—¿Verdad?.....—insistió fray Paulino en amenazante tono—ó no me oye usted.....

—Padre! ni una ni otra cosa dependen de mí!..... Despierta no, despierta ofrézcole á usted que no volveré á sentirla,—apresuróse á añadir sor Noeline, al escuchar que el jesuíta se había revuelto colérico dentro del confesonario,—pero si dormida me asalta ¿qué culpa tengo?.....

—¿Qué culpa?..... pues una culpa inmensa, una enorme culpa! Si es preciso, absolutamente preciso, no duerma usted nunca, así se muera usted por no dormir, que cualquiera muerte es preferible á vivir en la impureza! Ayune usted, use usted cilicios, mortifíquese esa carne que la inquieta, y cuando de ella no le quede á usted más que la indispensable para vivir tranquila en el claustro, las tentaciones huirán, no vendrán á atormentarla más, y

usted podrá entonces morir limpia de cuerpo y con el espíritu sano.... ¿me comprende usted bien?.... Sobre todo no la recuerde usted, olvídela y ese será el principio de su alivio.... olvídela usted, hija mía, olvídela usted!—terminó fray Paulino suplicante.

—¡Olvidar, padre, y cómo?.... No ve usted que ahora mismo, á pesar de mi lloro y de las santas palabras de usted, no puedo olvidarla, no se me despega de la memoria, como si en vez de pesadilla hubiera sido una quemadura muy profunda, de las que no cicatrizan jamás?..... ¿No ve usted que pensando que la olvido sigo pensando en ella?.... ¿No ve usted que nadie manda en su memoria y que el recuerdo se nos adhiere á ella como la humedad á las piedras?.... Si yo pudiera, padre! Si usted por ser quien es, la raspara de mi pensamiento aunque el dolor me mate!..... Arránquemela Ud., padre Paulino, ó déme un remedio que me salve, y yo lo haré, le prometo á usted hacerlo....

¡Ah, nó, eso no lo toleraba fray Paulino ni con sus benevolencias y todo! Que la carne

se rebele, no existe remedio humano contra ello; pero que la voluntad se resista y no venza á la memoria y á los pocos años y á los deseos reprobados, eso nó y mil veces nó! En el fondo, en las cuestiones fundamentales, él era un asceta, un asceta que después de macerarse había triunfado y no transigía con que la voluntad flaqueara. Sin haber experimentado en pellejo propio los estragos de la pasión carnal, más tenía por mito y por fenómeno meramente subjetivo, que por fuerza avasalladora é incontrastable. ¿Pues qué, en nada hemos de diferenciarnos de los cerdos? ¿la inteligencia brilla y nos enaltece sólo cuando nos conviene y cuando nó la postergamos ó escondemos como mueble de lujo inútil, bueno únicamente para lucirlo delante de extraños? ¿no con sapientísimo discernimiento nos indica lo bueno y nos reprueba lo malo? ¿no alumbra los más tenebrosos rincones de nuestra conciencia y no con el raciocinio, que es su lengua, nos engendra el remordimiento que es su arma? ¡Ah, nó, él, fray Paulino, debía ser severo y lo sería!

—Pues, oiga usted, sor Noeline—exclamó resuelto—aquí no caben términos medios! Ó usted olvida ó yo no la absuelvo, porque yo sí que no podría absolverla. Usted se debe á Dios, toda á Dios, y mientras el plazo de sus votos para con Él no se haya extinguido, el cuerpo y el alma de usted de Él son únicamente en pensamiento, palabra y obra.... Cualquier desfallecimiento de usted, cualquiera complacencia con el pecado y su condenación es infalible.... ¿Olvidará usted?.... que en tanto que no lo realice, el cerebro continuará con esa pesadilla ú otras peores, pronto á descargarlas sobre usted y á desgarrarle sus pudores de doncella y sus pudores de monja.

Sor Noeline, aterrada, oía el martilleo de las reprensiones del jesuíta, y con su mirada ida, extraviada, apenas si se daba cuenta de que veía los múltiples agujeritos del ventanillo, en forma de cruz, á los que consideraba tan insensibles y tan implacables como las voces que salían por ellos.

—Por lo pronto,—continuaba fray Paulino,—no comulgará usted mañana;

abrigo la esperanza de que esta suspensión la curará á usted, que por volver á comulgar se opere el milagro y usted olvide; diremos que se halla usted indispuesta, enferma, y ni usted ni yo mentiremos diciéndolo.... Pasado mañana hablaremos de nuevo.... es más cuerdo.

—Padre, por Dios vivo, no me rechace usted, no me diga que no debo comulgar.... yo necesito que usted me reanime, que me diga lo contrario, que si yo no he tenido voluntad de pecar, aunque el pecado sea mortal, no estoy perdida..... Tiéndame usted la mano, padre, porque sola me muero, porque sola me pierdo.... Lléneme usted por dentro de incienso y de oraciones para que la tentación no se me acerque.... y si el mal está en el corazón.... que allí es donde me duele, sáquelo usted, padre, y en su misa ofrézcalo usted á Dios, devuélvaselo usted á Él que fué quien me lo dió.... Dios no lo rechazará, padre, porque ha de comprender que si lo rechazara, yo no sabría conservarlo en su sitio, como antes; yo no podría atajarlo, porque lo siento que se me

escapa, que me palpita dentro como paloma asustada que no cupiera en su jaula y por donde quiera tropezara.

Fray Paulino temblaba de ira reconcentrada que le estorbaba el uso de la palabra; todas sus nociones adquiridas y archivadas con tanta veneración, protestaban frente á aquellos gritos de pasión, frente á aquellos estremecimientos de hembra ignorante y virgen aún, que por puro instinto de hembra, de tentadora atávica, de dignísima heredera de Eva, lejos de acobardarse al presentir el acercamiento del hombre, ese mismo instinto la equipara á los animales inferiores que se ayuntan y se muerden por gozar con el placer prohibido!.... Sor Noeline, quizá en nada de esto pensaba todavía, porque todavía lo ignoraba, pero el cáncerapestaba ya, la pústula fatal; desvanecía la monja y apuntaba ya la hembra hedionda con deseos y vibraciones internas, la que desde pequeña infesta y envenena; la que mientras es mujer está misteriosamente herida y por más que en épocas determinadas se desangre y arroje de sí la podredumbre que la

informa, torna á enfermar y enferma siempre, y sólo cura y se limpia cuando el sexo la abandona, cuando ya no puede ser fecundada por el hombre, su eterno cómplice y su enemigo eterno!... Al poder hablar fray Paulino, más escupió que dijo:

—Pero desdichada, ¿no sabe usted que lo que tiene es amor, un amor profano y sacrilego?... no sabe usted que con semejante ponzoña en las entrañas, mi deber imperioso es dar parte á quien puede más que yo, para que á usted la alejen de esta santa casa, á ver si donde á nadie contamine se opera el prodigio de que usted sane?... ¿no sabe usted que mientras no la exorcizen y purifiquen, no es usted digna ni de portar los hábitos?....

Nó, sor Noeline no sabía nada de eso. Lo único que supo fué que el mundo se le obscurecía, que todo á su alrededor vacilaba, daba vueltas infinitas; que en ese torbellino se vió expulsada del Convento y vió á su madre muriendo por el crimen de su hija, y se vió caminando sola siempre y sin quien le hablara ni la compadeciera.... lo único

que supo fué que la tierra le faltaba bajo sus rodillas, y que abría los brazos....

Al ruido que causó su caída, acudieron varias religiosas, la superiora la primera, y muchas niñas queriendo llorar; alguien abrió el confesonario, cual adivinando que el golpe venía de ahí, y mientras el hermoso cuerpo de sor Noeline yacía inerte sobre las frías baldosas, las demás vieron á fray Paulino que hincado en las maderas del mueble, rezaba fervorosamente, sin hacer caso de tanta mirada ansiosa, interrogante.

.... Las monjas y las niñas, por no sé qué secreta adivinación de que alguna inmensa desgracia las amenazaba á todas, también se arrodillaron, y en lugar de atender á la que respiraba apenas en el centro de un círculo trágico y mudo, rezaron á su vez, rezaron todas, como si sor Noeline hubiese muerto!

II

En medio de las exageradas reservas conventuales, la enfermedad de sor Noeline inició su marcha. Para mayor seguridad, la trasladaron al departamento exclusivo de las monjas, al que ni las internas pueden entrar; donde la vida monástica llévase en toda regla. Se logró, con tal medida, atajar las curiosidades de las alumnas, curiosidades muy excitadas desde la tarde del repentino ataque, sobre el que la superiora, intencionadamente, soltó dos ó tres "no ha sido nada de cuidado," que sin embargo no calmaron el que el suceso mismo había engendrado en el ánimo de